

MANINVEST (S.A.)

Diamele Eltit

Rubí Carreño Bolívar (ed.)

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...



DE GRUYTER  
GÖTTINGEN  
MUNICH

Rubí Carreño Bolívar

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

Rubí Carreño Bolívar (ed.)

# DIAMELA ELTIT:

## REDES LOCALES, REDES GLOBALES

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

El libro de la profesora Eltit es una obra de investigación que...

## BIBLIOGRAFÍA

- ELTIT, Diamela (2004): *Tres novelas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- KRISTEVA, Julia (1982): *Powers of Horror: an Essay on Abjection*. New York: Columbia University Press.
- NIETZSCHE, Friedrich (2000): *The Birth of Tragedy*. Oxford: Oxford University Press.
- NORAT, Gisela (2002): *Marginalities: Diamela Eltit and the subversion of mainstream literature in Chile*. London: Associated University Press.
- ORTEGA, Julio (1993): «Diamela Eltit y el imaginario de la virtualidad», en Lértora, Juan Carlos (ed.), *Una poética de la literatura menor. La narrativa de Diamela Eltit*. Santiago de Chile: Cuarto propio.
- RICHARD, Nelly (1993): «Tres funciones de la escritura», en Lértora, Juan Carlos (ed.), *Una poética de la literatura menor. La narrativa de Diamela Eltit*. Santiago de Chile: Cuarto propio.

## ESTRATEGIAS DE DOMINACIÓN Y RESISTENCIA CORPORALES: LAS BIOPOLÍTICAS DEL MERCADO EN *MANO DE OBRA*, DE DIAMELA ELTIT

MICHAEL J. LAZZARA  
*Universidad de California*

Y de otra manera, el actual proyecto democrático-capitalista de eliminar a las clases pobres a través del desarrollo no sólo reproduce dentro de sí la exclusión de las personas, sino también transforma en nuda vida a la población entera del Tercer Mundo.

Giorgio Agamben, *Homo sacer: el poder soberano y la nuda vida*

### I. GLOBALIZACIÓN, BIOPOLÍTICA Y SUBJETIVIDAD

En su complejo e iluminador estudio sobre la relación entre el poder biopolítico y la «nuda vida», el filósofo italiano Giorgio Agamben, tomando a Foucault como punto de partida, escribe sobre cómo, en la época moderna, la vida natural del hombre se va entreteniendo crecientemente con los mecanismos y cálculos del poder. Al enfocar la politización de la existencia biológica humana en la era contemporánea, el libro *Homo sacer* busca destacar «las formas concretas en que el poder [en contextos

diferentes] penetra a los cuerpos mismos y a las formas de vida de los sujetos», situándolos así en la frontera precaria que separa a lo humano de lo infrahumano, la subjetividad plena de la objetivación, la palabra y la agencia del silencio. Aunque Agamben enfoca predominantemente la figura del campo de concentración en el siglo XX como *locus* de dominación biopolítica por excelencia, también está interesado en cómo las sociedades modernizadas (en particular las sociedades del hedonismo y del consumo masivo), han llegado a entender la interdependencia de la biología y el poder económico como un «hecho inevitable». En este nuevo momento histórico, más allá del campo, el mercado esclaviza e inscribe a los sujetos en su lógica mecanizada y pragmática de la compra-venta, engendrando así a seres agónicos y paranoicos que viven constantemente amenazados (y atrapados) por la cesantía, la deuda excesiva, y el deseo de acumular mayor cantidad de bienes materiales. La noción misma del *valor humano*, en este contexto, se vuelve tenue y se pone en peligro de estar vaciado de su contenido ético-moral. A su vez, los cuerpos se vuelven utilitarios y sumisos; están a la merced del engranaje ideológico del capitalismo neoliberal. Lo que es más, el valor de la vida humana deja de fundamentarse en la noción del valor intrínseco y comienza a medirse de acuerdo con la idea utilitaria de lo que un cuerpo puede producir: los que no cumplen con la normativa o con los criterios establecidos son desechables desde la óptica del sistema (para Agamben, serían «la vida que no merece vivir») (137). Este escenario, sin duda, genera una nueva marca de «cuerpo doliente» (Elaine Scarry), un sujeto domado y miedoso, sometido a una vigilancia feroz y totalizadora. Si recordamos la terminología de Foucault, genera los «cuerpos dóciles», cuerpos cuyas voces quedan silenciadas y cuyos vínculos a una *comunidad solidaria* más amplia son reemplazados por la mentalidad darwinista de la sobrevivencia de los más aptos.

Las dictaduras latinoamericanas de los años 70 y 80 dieron paso a las sociedades neoliberales de los 90 y 2000. Mientras los regímenes brutales de Chile, Argentina y otros países ejercieron violencias implacables contra los cuerpos de ciudadanos que se etiquetaban de «subversivos» —violencias que, como pone en relieve el recién publicado *Informe Valech* (2004), siguen repercutiendo profundamente en la psiquis colectiva nacional— la instalación repentina del sistema neoliberal conllevó a una serie de violencias nuevas y más siniestras, sobre todo la coerción económica de la ciudadanía por una élite transnacional y una creciente clase tecnócrata

(Franco 2002: 14). Consistente de esta nueva marca de violencia político-económica, la escritora chilena Diamela Eltit ha expresado una aguda preocupación por la forma en que las economías neoliberales sobreviven y sobresalen gracias a la existencia de una mano de obra barata siempre sujeta a los caprichos de la lógica capitalista. «La globalización», escribe Eltit, «trabaja esencializando la tecnología para de esa manera tecnologizar al sujeto mismo y reducirlo a ser sólo una función en el engranaje de su proyecto. El problema no es la tecnología, que es necesaria y revolucionaria, sino su ideologización» (Eltit 2003). Según Eltit, que desde el comienzo de su trayectoria literaria ha privilegiado al cuerpo y al sujeto subalterno como partes centrales de su política de la palabra, el sistema neoliberal *requiere* de sujetos frágiles, debilitados, y desechables para autopropagarse y para garantizar su continuada hegemonía. Sobre todo en Chile, el país que para Eltit ejemplifica el capitalismo latinoamericano más salvaje, el neoliberalismo fabrica a sujetos objetivados, histéricos y paranoicos que incesantemente andan tras objetos que no satisfacen (ni pueden satisfacer) sus deseos. Como revela Eltit en un ensayo de 1996 sobre la pintura de Juan Dávila (el *roto*—aquel sujeto inútil, amenazador, impuro y empobrecido que funciona como una metáfora del pueblo chileno en la tradición folklórica nacional— es, al mismo tiempo, un afuerino y un cuerpo delictivo que las clases dominantes *necesitan* para satisfacer sus caprichos, lidiar en sus guerras, o simplemente para marcar la diferencia (Eltit 144-153).

De cara a un sistema tan englobante y arrasador, y de cara a lo que en este momento parece ser el fin de la era revolucionaria, ¿dónde es posible identificar algunas zonas de resistencia en un escenario que no parece ofrecer obvias vías de escape? En *Homo sacer*, Agamben nota que una de las grandes paradojas de la democracia es que mientras más garantías, derechos y libertades adquieren los ciudadanos, más sometidos quedan a los poderes fácticos que les garantizan esos derechos. No obstante, el cuerpo mantiene su potencial subversivo. «Corpus», explica Agamben, «es un ser de doble cara, portador tanto del sometimiento al poder soberano como de las libertades individuales» (125). En ese sentido, el cuerpo no es solamente un sitio para la inscripción y el ejercicio del poder totalizador, sino también un importante *locus* de resistencia al poder. Esta idea, como se sabe, también constituye una constante del pensamiento de Foucault, para quien las *relaciones de poder* no debían entenderse exclusivamente en el sentido de «represión pura», sino también como una fuente de productividad y potencial creativo. Aun en sus formas más nocivas y sobreco-

doras, el poder, según Foucault, es siempre peligroso; no es omnipotente. Por tanto, la insurrección no debe ser vista como una empresa inútil, sino como una forma en la cual «la subjetividad se hace historia» (Foucault 2000: 452).

En textos recientes de América Latina, algunos escritores como Diamela Eltit han trabajado literariamente esta conceptualización dual del cuerpo como *sitio de dominación* y *sitio de resistencia* al orden neoliberal. En lo que sigue, me gustaría referirme a la novela más reciente de Eltit —*Mano de obra* (2002)— para mostrar cómo el *cuerpo* (la subjetividad) y el concepto relacionado de *voz* sirven de materia prima para criticar y desafiar los efectos devastadores y multiformes del neoliberalismo. A la vez que *Mano de obra* representa a un sujeto popular irreversiblemente hundido en un complejo sistema de poderes asimétricos y determinados, la novela, siguiendo al pensamiento de Michael Hardt, contempla simultáneamente cómo estos mismos sujetos pueden trabajar «dentro del círculo del capitalismo integrado para crear nuevas posibilidades para la vida» (Hardt en Cangí 2002: 20). *Cuerpo y voz*, para Eltit, son dos armas posibles que pueden permitir vislumbrar (aunque fuera apenas) algunos puntos de fuga para mitigar la alienación del obrero actual.

## 2. SUPER-MERCADO, CONTROL Y RESISTENCIA

En *Mano de obra*, Diamela Eltit construye la visión de un sujeto dócil, agobiado y destruido por el constante ejercicio del poder sobre su cuerpo. La primera mitad de la novela se escenifica en un supermercado, lugar que sirve de microcosmos y metáfora de la sociedad neoliberal, a la vez que sirve de ilustración de las eróticas del consumo y las múltiples violencias que porta el sistema. A diferencia de la más primitiva *plaza de mercado* descrita por Jesús Martín Barbero en *Al sur de la modernidad*, el «super-mercado» eltitiano aparece simbólicamente como un espacio hiperracionalizado, serializado y panóptico: un frío y ordenado espacio de control en el que tanto los sujetos descaentes como los objetos que desean se desvisten de su dinamismo a causa de la homogenización del espacio y el tiempo. Toda actividad humana dentro del súper se codifica y se serializa para posibilitar controles y restricciones aún más estrictos (Foucault 1995: 160). Clientes, trabajadores y supervisores aparecen como enemigos mortales, y todos ellos, a su vez, se someten a la «mirada más

que especializada de la cámara» —mirada que, por supuesto, recuerda el *letrero/aviso fosforescente de Lumpérica* (1983), doble símbolo del ojo vigilante de la dictadura y de las políticas económicas pinochetistas inscritas en el cuerpo in(sumiso) de L. Iluminada (Eltit 2002: 34). En este mundo fraudulento, falsamente transparente y plastificado de «carnes de segunda», nadie está a salvo. El trabajo es precario e inestable, y hasta los supervisores son reemplazables. Además, el trabajador no sólo es adicto a la vigilancia y el control de los que detentan el poder; también se ve alienado de su propia obra. El trabajo queda así vaciado de su capacidad creativa porque gracias a la mecanización de la producción, para el obrero ya no es posible intuir la impronta de su labor en los productos que se ponen a la venta. El título de la primera sección de la novela, «El despertar de los trabajadores (Iquique, 1911)», recuerda una época histórica en que los obreros chilenos, oprimidos por condiciones terribles en lugares como la mina de Chuquicamata, empezaron a sindicalizarse. Este momento de lucha épica y de consolidación de la izquierda popular se mantiene, a lo largo de la primera mitad del texto, como un referente constante: esto, gracias a la colocación de títulos que evocan algunos diarios sindicales situados en un momento coyuntural de principios del siglo xx, pero ya remoto del presente neoliberal —«*Verba roja* (Santiago, 1918)», «*Luz y vida* (Antofagasta, 1909)», «*Autonomía y solidaridad* (Santiago, 1924)», etcétera—. Sin embargo, la narración que sigue a todos estos títulos acusa un quiebre radical con aquellos momento de sindicalización y lucha épica. Como punto de contraste con esta solidaridad perdida, el monólogo interior que atestiguamos alude a un momento *anti-épico* de conformismo individual y represión mercantilista. Toda referencia concreta al tiempo y al espacio desaparece (un detalle que apunta al afán universalizante de la propuesta de Eltit, que nos urge a pensar en el neoliberalismo como un fenómeno global y no únicamente chileno o latinoamericano); y nos enfrentamos con una voz anónima que entrega, metonímicamente, su visión subjetiva del trabajador contemporáneo alienado. Está claro que la voz que nos habla ha quedado totalmente desvinculada y desprovista de cualquier red social solidaria. De hecho, a este trabajador el mismo sistema y los que lo implementan le han negado una identidad propia; lo han reducido al estatus de un mero diente de la rueda capitalista: «¿Quién soy?, me pregunto de manera necia. Y me respondo: una correcta y necesaria pieza de servicio» (75). Desde ahí, parece posible argumentar que los momentos solidarios aludidos en los títulos anteriormente mencionados



se transmiten al lector como puro deseo de un momento de creatividad política ya perdido, pero no por eso menos anhelado a pesar de su aparente irrecuperabilidad.

El cuerpo como *locus* de control figura en el centro de la reflexión literaria de Eltit. A través de una compleja dialéctica de dolor y placer, el cuerpo que el mercado *requiere* para sus fines aparece como un cuerpo desante (adicto a la acumulación material y el placer que ella produce), pero también como un cuerpo enfermizo (adicto a la corrección, dañado y fatigado hasta en el nivel celular): «Lo digo, lo repito: estoy enfermo. Estoy cansado. El estigma que sufro y que me ataca me impide apelar a cualquier espacio prudente de mí mismo, me prohíbe pensar, responder a los más elementales estímulos. Me estoy viniendo abajo. Siempre cayendo (en pos de la manzana) hacia un estado más que degradado» (51). En este mundo destituido, tanto los cuerpos de los trabajadores como los productos están sujetos a las fuerzas destructivas. A los trabajadores se les niegan sus funciones corpóreas más básicas (orinar); y cualquier placer físico (comer, fumar, etcétera) que no pueda ser subsumido bajo la lógica de la productividad se considera antifuncional y delictivo. El ocio se ve antitético al proyecto disciplinario, según el cual «nada debe de quedar indolente o inútil» (Foucault 1995: 152). El trabajador imaginado por Eltit es hambriento, sediento, animalizado, agresivo, enfermizo y exhausto, hundido en una profunda crisis existencial y enjaulado en un mundo cuyo único Dios es sintético y plastificado (Eltit 2002: 67). Su identidad queda reducida al nivel del puro significante: la etiqueta que lleva en su uniforme. Si bien es cierto que en épocas pasadas (e.g. comienzos del siglo xx, o en los años 60 o a principios de los 70 bajo Allende) el trabajador tenía una voz y un rumbo histórico imaginado, el obrero moderno en *Mano de obra* aparece pasivo y silenciado: «No odio a la turba, no tengo fuerzas ni deseos, ni más voz que la que está dentro de mi cabeza» (59, énfasis mío).

Esta subyugación y mercantilización del cuerpo llega a su culminación en la segunda mitad de la novela, en una escena memorable titulada «Sonia se cortó el dedo índice». Sonia, carnicera y empleada del súper, accidentalmente mutila su dedo mientras despedaza un pollo. Cuando Sonia mira la sangre que inunda el mesón de la carnicería, el lector confronta la imagen de un fragmento de cuerpo mezclado con (y no descifrable de) la mercancía que ella prepara para la venta: «Y su dedo, al final de una loca y repugnante carrera, terminaba confundido con los aborrecibles

restos del pollo» (154). La mecanización del cuerpo de Sonia llega a ser *total* cuando, después de ser retada por sus supervisores por lo tonto de su accidente, recibe un nuevo trabajo en la sección helada de la pescadería. Su dedo mutilado ahora se vuelve «máquina» cuando es sustituido por el frío y metálico filo de un cuchillo, «un cuchillo nuevo que reemplazaba, con su filoso estallido, el lugar apático de su dedo» (155).

Mientras la primera mitad de *Mano de obra* se centra en el espacio público del supermercado, la segunda mitad —«Puro Chile (Santiago, 1970): el título evoca el pináculo de la solidaridad obrera y el poder popular bajo Allende— enfoca la penetración del neoliberalismo en el espacio privado de la casa. Un grupo de trabajadores se ve obligado a cohabitar debido a la carencia económica, y lucha desesperadamente para satisfacer sus necesidades más básicas. Sin embargo, a causa del desempleo, la precariedad económica y la deuda extrema, no logran formar relaciones solidarias que puedan ofrecerles soluciones viables. La traición, la delincuencia y la falta de confianza mutua guían siempre sus interacciones; la depresión, el alcoholismo y la violencia doméstica son las consecuencias de su aislamiento. Cuando un personaje llamado Alberto intenta sindicalizar a algunos empleados del súper, otro personaje llamado Gloria, temiendo represalias de la jefatura, traiciona a Alberto ante sus supervisores, abriendo así la pregunta por la posibilidad de la solidaridad y la acción colectiva en un sistema que violenta cualquier deseo de cambio. Jesús Martín Barbero, en un eco de la reflexión que encontramos en *Mano de obra*, resume elocuentemente esta metamorfosis de la solidaridad en el individualismo del paradigma neoliberal:

El mercado no puede crear *vínculos sociales*, esto es *entre sujetos*, pues éstos se constituyen en procesos de comunicación de sentido, y el mercado opera anónimamente mediante lógicas de valor... El mercado no puede *engendrar innovación social* pues ésta presupone diferencias y solidaridades no funcionales, resistencias y disidencias, mientras el mercado trabaja únicamente con rentabilidades (Martín-Barbero 2001: 14-15).

Entonces, ¿en dónde reside la resistencia posible en *Mano de obra*? Si bien, como hemos dicho, el cuerpo es un sitio de dominación y ejercicio del poder, también es cierto, como nos enseña la referencia de Agamben al cuerpo como un «ser de doble cara», que éste puede servir como un importante sitio de resistencia. Debilitado y arrasado por la el trabajo en

serie y el ordenamiento del mercado, el cuerpo (aun en su estado más oprimido) se representa en Eltit como un locus posible para la disrupción y la dislocación de ese orden. Al respecto, por ejemplo, Nelly Richard escribe que las «excreciones corporales... manchan la desinfectada arquitectura del súper», y que «secreciones y coágulos, viscosidades y mucosidades son la funesta interioridad a la que no tiene acceso el ojo panorámico de la vigilancia» (Richard, «Tres recursos»). Por otra parte, tanto en su capacidad para la organización colectiva como en su afán de rebeldía individual, el cuerpo se convierte en un arma insurreccional posible. La acción del populacho y el pillaje de los productos por los llamados «malos clientes» introducen en la novela comportamientos anárquicos que recuerdan escenas de protestas populares reales. (No nos olvidemos que Eltit escribió una parte de su novela en el 2001 mientras vivía en la Argentina y observaba escenas dramáticas de desesperación económica, de *piqueteros*, y de saqueos de bancos y negocios.) Sin embargo, la novela nos hace reflexionar cuidadosamente sobre las consecuencias de tales comportamientos anárquicos. Nos preguntamos si, a fin de cuentas, estos cuerpos insurrectos solo se debilitarán o se dañarán más porque les será siempre imposible vencer al «sistema» monolítico. Según recuerda Michael Hardt, hay un peligro en la noción deleuziana de los «puntos de fuga» ya que los esfuerzos rebeldes y liberacionistas de los sujetos populares a veces pueden volverse autodestructivos (e.g. el alcoholismo o la drogadicción como mecanismos escapistas) en vez de ser política o socialmente productivos (Hardt en Cangi 2002: 20-21).

En el capítulo final de *Mano de obra*, los personajes que todavía quedan en la casa están desesperados y hambrientos. Han sido traicionados por su líder, Enrique, quien ahora forma parte de la jefatura del supermercado y quien despide a muchos de los «amigos» que una vez apoyaba. Sin embargo, la novela nos deja con la sensación de que no todo se ha perdido. Gracias al nuevo liderazgo de Gabriel, Eltit permite vislumbrar la posibilidad de una organización política y una rebelión futura, aunque queda incierto si esta rebelión rendirá fruto concreto o si nuevamente será extinguida por una traición interna. La novela concluye con el llamado a armas de Gabriel, expresado en un lenguaje coloquial violento: «Vamos a cagar a los maricones que nos miran como si nosotros no fuéramos chilenos. Sí, como si no fuéramos chilenos igual que todos los demás culpados chuchas de su madre. Ya pues huevones, caminen. Caminemos. Demos vuelta la página» (176). El éxito eventual de esta arenga queda

en tinieblas, igual que el éxito de cualquier tipo de Revolución con «R» mayúscula.

¿Qué debemos hacer con este lenguaje coloquial violento que sale como una tormenta de las bocas populares que pueblan la segunda mitad de esta novela? Jesús Martín-Barbero, en su comparación del supermercado a la *plaza de mercado*, ofrece un punto de partida para responder:

Los sujetos en el supermercado no tienen la más mínima posibilidad de asumir la palabra propia sin quebrar la magia del ambiente y su funcionalidad. Alce la voz y verá la extrañeza y el rechazo de que será rodeado... En la plaza, por el contrario, vendedor y comprador están expuestos el uno al otro y a todos los demás. Y esa forma de comunicación no ha podido ser reducida a mera, anónima, unidireccional transmisión de información (226).

En este sentido, el uso que Eltit hace del habla popular (*la voz*) puede leerse como otro recurso poético a través del cual los sujetos violentan el lenguaje transparente, enlatado y aséptico del mercado neoliberal. Dentro de un sistema donde la voz del sujeto popular ha sido negada de múltiples maneras, el uso del lenguaje violento —aquí me refiero al potencial rebelde del *garabato*— puede ser un vehículo para que estos mismos sujetos expresen sus frustraciones y desafíen a los lenguajes que operan sobre ellos o los encarcelan. Sin embargo, la *poética del garabato* que Eltit cultiva en *Mano de obra* es una espada de doble filo: por un lado, es engendrada por la violencia misma del sistema, mientras por otro nos recuerda que los sujetos populares *pueden* hablar un lenguaje diferente y *anti-funcional* un lenguaje que, debido a la forma en que choca al que lo escucha, tiene posibilidad de una mayor resonancia que los *sound-bytes* y los lemas que el mercado admite.

### 3. LA RUPTURA DESDE ADEENTRO COMO DESAFÍO AL PODER SOBERANO

En *El arte de la transición*, Francine Masiello se pregunta si en el sujeto popular hay todavía un posible poder emancipador, o si más bien los efectos emancipadores de variados actores sociales simplemente han sido absorbidos por el mercado como resultado de los efectos de la globalización. Sin contestar esta pregunta de manera definitiva, *Mano de obra* parece sugerir que un desafío al poder biopolítico del neoliberalismo no reside en los grandes gestos redentoristas o revolucionarios, sino en los microespacios

y en las esferas minoritarias de resistencia. Es decir, la poética de Eltit, con sutileza, permite intuir algunas líneas de resistencia posible *desde adentro*. Cuando la glosa del neoliberalismo en momentos de postdictadura parece vaciar al trabajo de su capacidad creativa, la novela de Eltit se pregunta si algún actuar todavía es posible. Al sugerirnos que ningún poder es totalmente impenetrable, el texto nos deja ver, entre líneas, que los mismos cuerpos y las mismas voces que están sujetos al control y la manipulación también son entidades móviles y dinámicas que albergan una tremenda capacidad de cambio (Masiello 2001: 39).

#### BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, Giorgio (1998): *Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life*. Stanford: Stanford University Press.
- CANGI, Adrián (2002): «Diez preguntas a Michael Hardt sobre *Imperio*», en *Revista de crítica cultural* 24, junio, pp. 20-21.
- ELTIT, Diamela (2000): *Emergencias: escritos sobre literatura, arte y política*. Santiago de Chile: Planeta/Ariel.
- (2002): *Mano de obra*. Santiago de Chile: Planeta.
- (2003): «El lugar radical de la diferencia», en <[www.ilhn.com/magu/archives/000576.html](http://www.ilhn.com/magu/archives/000576.html)>.
- FOUCAULT, Michel (1995). *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*. New York: Vintage Books.
- (2000): *Power* (edición de James D. Faubion). New York: New Press.
- FRANCO, Jean (2002): *The Decline and Fall of the Lettered City: Latin America in the Cold War*. Cambridge: Harvard University Press.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús (2001): *Al sur de la modernidad: comunicación, globalización, multiculturalidad*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.
- MASIELLO, Francine (2001): *The Art of Transition: Latin American Culture and Neoliberal Crisis*. Durham: Duke University Press.
- RICHARD, Nelly: «Tres recursos de emergencia: las rebeldías populares, el desorden somático y la palabra extrema», en <<http://www.lettras.s5.com/elitit091202.htm>>.

## DIAMELA ELTIT O EL INFARTO DEL TEXTO

JAVIER EDWARDS RENARD  
*El Mercurio*

Nada deseo más que a mi propio deseo. Qué extraordinaria la conversión compasiva de Dios. Un animal exhausto se arrastra en celo hacia la profundidad de su madriguera. El último satélite intenta inútilmente medir el diámetro en expansión de la tierra. Mi amado trastabilla en la taberna clandestina sostenido por una muchacha robusta. Mi amado está muy pálido, muy tosco, demasiado ebrio, arrojado por el desafío que le presenta la cadera. Besaré mi propia boca fugazmente apenas se produzca la primera distracción en la noche. Besaré mi boca y untaré de saliva mi espectacular dedo índice. Tan costosa la vida, pareciera que únicamente el acto de morir fuera gratuito. Mi amado se emborracha y se emborracha en la taberna clandestina. Los banqueros se ríen ante la desespección del préstamo. Mi amado nunca me regaló un vestido de seda. El satélite cae locamente a la tierra y quema la cabeza de su padre científico. Cuánto habremos de avergonzarnos por su espantoso fracaso.

*El infarto del alma*

Durante el año 1994, Diamela Eltit, junto a la fotógrafa Paz Errázuriz, publicó un libro curioso, distinto, resultado de la combinación o alianza de dos lenguajes —el verbal y el fotográfico— para abordar los misterios,